

Contra el Hombre

Mi intención, como siempre que hablo en público, es, por supuesto, haceros hablar. De manera que, dentro del rato de que disponemos, mi principal interés es hacer surgir aquí, en esta sala, un poco de voz pública, de voz no personal; o sea voz que en vez de salir del Hombre, surja justamente de eso otro que no es el Hombre, a lo que se alude con ‘pueblo’, con ‘público’, con ‘gente’; de forma que esta contraposición ya os va poniendo un poco en ello: contraposición entre esto a lo que en el título se alude, “el Hombre”, y esas otras denominaciones más o menos vagas que acabo de emplear; ‘pueblo’, ‘público’, ‘gente’: eso que NO ES el Hombre, por si puede haber alguna confusión.

Qué es el Hombre, lo sabéis de sobra, porque precisamente, si estoy hablando aquí contra él, es porque está no sólo en candelero, sino cumpliendo una de las funciones más cruciales en este mundo, en esta especie de culminación de la Historia a la que llamamos “Estado del bienestar” y cosas por el estilo. Cumple una función esencial. Lo encontraréis por todas partes: el Hombre en boca y en carteles de banqueros, de empresarios; no digamos, por supuesto, de políticos que hacen la política que hacen los políticos: eso, por supuesto. Es el Hombre a troche-moche por todas partes, y a poco que os descuidéis, hasta se os cuela en la conversación.

Y si no habláis de “el Hombre”, pues habláis de “la Mujer” o de “el Niño” o de cualquier cosa de éstas, que vienen a ser lo mismo. Eso se ha aprendido en la denominación “el Hombre”, con mayúscula. Es decir, son denominaciones que tratan de hacer genérico –como la mayúscula indica– algo que por otra parte sería el ente individual, absolutamente personal, como también indica la mayúscula, que para eso igualmente se emplea.

Fijáos un momento: aunque por supuesto la escritura es una tontería (no es el lenguaje, no puede entrar en las cosas a fondo), este doble uso de la mayúscula, esta doble costumbre, nos debe guiar debidamente: mayúscula para emplearla refiriéndose a entes genéricos como el Hombre, el Niño, el Pastor, la Mujer, y mayúscula como en su uso habitual para los Nombres Propios.

Esto os debía estar recordando ya que el primer usuario de este tipo de mayúscula, después del invento de la escritura, fué Dios. Fué para Él justamente para el que se inventó esta costumbre. Y en Dios, según la especulación teológica medieval (que nos es preciosa, que nos es útil a cada paso, porque, acudiendo a las viejas formas de religión, muchas veces encontramos formulaciones más claras de aquello mismo que en la forma de religión actual está más confuso y por tanto mucho más oculto), en ese Dios de la especulación medieval se juntaban el ser único, singular, absolutamente singular, es decir, mucho más singular que Juan, que Sócrates, y por otro lado, se juntaba el que era lo más genérico y abarcador posible. Era, como también en la especulación se decía, el *ens realissimum*, es decir, el ejemplo por excelencia de la realidad.

Como veremos un poco más adelante, esto de ser la realidad de las realidades, en la forma de la religión actual, le

corresponde al Dinero, como todo el mundo sabe. El Dinero, que tiene una relación muy íntima con este ente, con el Hombre. En el Dinero se cumple, como hace un momento estaba recordando en la Facultad de Filología, en el Dinero se cumple al mismo tiempo la suma idealidad, puesto que no hay nada más sublime, abstracto, que el Dinero, y al mismo tiempo la suma realidad, puesto que el Dinero es la cosa de las cosas, es la cosa que sustituye a todas. El parecido con el Dios de la teología medieval no puede ser más claro.

Siendo pues Dios el usuario por excelencia de este tipo de mayúscula para lo más genérico y al mismo tiempo lo más singular, está claro que, cuando se dice “el Hombre”, con la misma mayúscula, se está heredando el mismo uso que para Dios se había inaugurado.

Y es para este Hombre, para el que esta charla se lanza en contra: este Hombre que tenéis en la empresa, en la banca, en la política, por todas partes, y que se maneja como un instrumento, una idea esencial del Poder.

Repito que, cuando se aplica a otras cosas como el Niño o la Mujer, simplemente se está estendiendo la misma trampa que con el Hombre está ya bien establecida: no se hace nada esencialmente nuevo. El Niño queda reducido a ser el Hombre; la Mujer queda reducida a ser el Hombre. No hay salida, en cuanto se les toma de esa manera, que revela el empleo de un como Nombre Propio.

Y fijáos que esta trampa está por todas partes. Recuerdo (no querría acordarme mal) que en algunas de las entradas de esa especie de suburbio marítimo de Madrid que es Benidorm, hay justamente una estatua donde está...¿es la Madre o la Mujer?, ya

no me acuerdo... La Madre, es la Madre. En algún pico de montaña he visto también el Pastor: es una estatua del Pastor; y estatuas del Niño, las he visto, aunque no puedo precisar en qué sitio: el Niño.

De manera que os dais bien cuenta de lo que se trata cuando se practica esta especie de sublimación que es al mismo tiempo la contradicción entre unicidad y generalidad: todo se está reduciendo a El Hombre, que es lo mismo que en la vieja religión se decía Dios. El Hombre es la forma de Dios por excelencia en la religión actual, en la que nos oprime hoy día.

Y, por otra parte, he dicho que el Dinero es Dios. Ya comprendéis que, si queremos ser lógicos, tenemos que establecer de alguna manera una relación muy inmediata entre El Hombre y el Dinero.

Vamos a fijarnos pues un poco en este "El Hombre" tan ideal, tan real. Evidentemente hay la pretensión de que, por un lado, eso sea una especie de designación común a todo el conjunto de criaturas que queden incluidas bajo la determinación de ese nombre, 'hombre', sean cuales sean, Mujeres, Niños, Inválidos, Negros, Mariquitas, marginales de todo tipo: si queda algo incluido, si ese nombre propio los abarca, quedan ya todos convertidos en el Hombre. Pero al mismo tiempo está claro que, cuando los banqueros y los políticos hablan del Hombre (se les llena la boca), en lo que están pensando es en el Individuo precisamente: están confiando en el Individuo, en lo que, acudiendo al paralelo con la imaginería física, que es donde la palabra *individuum* se usó primero, como traducción de *átomos*, es lo que con exactitud podemos llamar el átomo, el átomo en esa constitución bajo la que estamos, en la que estamos. Las dos imágenes, la del conjunto determinado por el

nombre y la de un análogo del átomo de la vieja física, tienen que servirnos para entender esto con precisión. Porque cuando el ejecutivo, el ejecutivo de Dios, sea en la forma de Empresa, sea en la forma de Ministerio, sea en la forma de Banca, habla de El Hombre, como lo hace con frecuencia, cuando exponen, como ellos dicen, su filosofía, la filosofía de la empresa, la filosofía del Ministerio o del Nuevo Plan (esto lo oís a cada paso) y hablan del Hombre, están confiando en que pueden con esa palabra hacer referencia a una cosa singular, íntima, intrasferible, que es el cada uno, el individuo, ése que es él mismo y que no es otro, que no puede confundirse con ningún otro, que es absolutamente intrasferible, rey de sí mismo, rey de su propia entidad: están confiando en él, en esa unidad elemental, en esa especie de átomo que el individuo es.

Claro, es una trampa muy, demasiado, visible, la que trata de aunar esas dos cosas; pero es que así es la Realidad. La Realidad está hecha, por fuerza, tramposamente, por falsa superación de una contradicción; de manera que no debe estrañarnos que, llegados a ejemplos de realidad tan eximios como el Hombre, encontremos que esa falsa superación de la contradicción se produce también de una manera eximia. Todos y cada uno. Por un lado, todos, el conjunto entero; por otro lado, cada uno, tú en cuanto ente real, ese tú al que los Grandes Almacenes le dicen “especialistas en tí”, ese individuo. Sobre este uso del pronombre personal, tenemos que volver, de todas formas, un poco después.

Ésa es la falsa superación de la contradicción en que el Hombre se funda. Falsa. No se puede de ninguna manera pasar de lo uno a lo otro, no hay lógica que pase; aunque, por supuesto, la lógica tradicional y servil lo ha pretendido. Esto lo tenéis en el ejemplo que viene ya de Aristóteles y que después

las escuelas repitieron incansablemente: “Todos los hombres son mortales. Sócrates es hombre. Luego Sócrates es mortal”. Eso es de lo que se trata, de esa conclusión es de la que se trata: de que Sócrates sea mortal. Es decir, que ese cada uno esté condenado a muerte de una manera segura, infalible; porque ¿cómo no se va a tratar de eso, si justamente la Banca, el Estado, y cualquier entidad está dedicada a la Administración de Muerte? Su finalidad tiene que ser la que dice la conclusión del silogismo. Sócrates es mortal, por tanto.

Sin embargo, cualquier operación del sentido común, cualquier lógica desmandada y no servil, descubre que eso es imposible, que no tiene pies ni cabeza, que de un “todos los hombres” nunca se puede deducir para Sócrates absolutamente nada; porque es como si pertenecieran a reinos enteramente distintos. No hay manera de deducir de la generalidad nada que se refiera al ente singular, insustituible, único, que pretende ser el Individuo, el átomo. Del “todos los Hombres”, que viene a ser el equivalente de “El Hombre” contra el que estamos hablando, del “todos los Hombres” no se deduce nada para Sócrates, para el individuo único, con su nombre propio, intrasferible. No se deduce nada entre reinos distintos.

Habría que haber hecho en el “Todos los Hombres” una especie de conjunto que ni siquiera la matemática corriente tiene, un conjunto en que cada elemento tuviera su nombre propio; pero si un elemento tiene su nombre propio de verdad, eso inmediatamente destruye la noción de ‘conjunto’. Si un rebaño está compuesto de ovejitas que cada una se llama de una manera y tiene una manchita en tal sitio, y el pastor las conoce bien a cada una por su manchita y por su orejita y por..., no hay manera de que haga nunca rebaño: para que se haga rebaño cada ovejita tiene que ser ‘ovejita’; eso es lo suyo; es decir,

haberse adoptado, no el nombre propio, sino el nombre común. Entonces sí se hace conjunto, se hace rebaño; pero ya comprendéis que entonces esa misma operación que hemos tenido que hacer para poder hacer rebaño nos impide deducir nada respecto de cada ovejita en particular, única, respecto a Sócrates.

Es ilógico, es tramposo; pero la realidad es toda así; no debe sorprendernos. Es ilógico, es tramposo, pero, por supuesto, es esencial para la operación de imposición del Poder, que consiste sobre todo en el engaño, en la trampa para llegar a la Administración de Muerte, a que cada uno acepte su muerte siempre-futura sin la menor duda, sin el menor resquicio de vaguedad o de escapatoria. Para eso es preciso operar como dice el silogismo.

Por eso cada vez que un banquero espone la filosofía de su banca y habla del Hombre, está tranquilamente hablando de la Humanidad en su conjunto y del individuo Fulano de Tal, del que esa Banca es “especialista en tí”, o “su interés de usted es nuestro capital”, o “su capital de usted es nuestro interés”, como he leído otras veces en propaganda de la Banca ¿no?: “su interés de usted es nuestro capital” o “su capital de usted es nuestro interés”, no me acuerdo exactamente, pero una de las dos formas o las dos formas juntamente.

En esto es en lo que el Poder confía: en el Hombre; en el hombre costituído por esa trampa. Por qué confía en él, lo vamos a ver ahora, a intentar verlo enseguida. Pero quiero en estos momentos hacer la primera, tal vez la única pausa intermedia que podamos hacer para que se cumpla lo que os decía de “Respecto a todo lo que acabo de decir y de las cosas que os haya sugerido o despertado, procurad ahora soltar todo lo

que os venga a la boca de la manera menos personal posible”, que nos puede ayudar no sólo a aclarar sino también a profundizar en algún sentido; porque, por fuerza, el tenerlo que hacer con tanta prisa, corre el peligro de la superficialidad. De manera que ayudando... ayudando... voces públicas por vuestra parte, antes de que sigamos.

Pregunta: /.../

Respuesta: No puede haber un conjunto formado por individuos.

P: /.../

R: No puede ser a su vez otro conjunto. Justamente en el desarrollo, después de que Russell descubriera contradicciones en la teoría propuesta por Frege, la necesidad de separar la noción de ‘clase’ de la de ‘conjunto’ tiene una relación íntima con esto, o es una contradicción en que se palpaba esto. Pero, bueno, de la manera más vulgar, tal como he dicho, para hacer un rebaño de ovejas, sólo se puede si cada oveja es oveja, pero si cada oveja es Micaela, Ramoncita y demás, entonces nunca podrán hacer un rebaño: tiene que ser cada oveja ‘oveja’. Esa es la condición.

Bueno. Ah, perdón: lo de ‘clase’ y ‘conjunto’, sí, pero también hay que decir que el desarrollo, en la cuestión, de ‘conjunto de un elemento’ es otra trampa del mismo orden: Es decir que lo yo que estoy diciendo, desde luego, escluye conjuntos de un elemento.

P: /.../

R: Administrador: Ellos. El Poder no es directamente asesino: tiene a veces a su servicio asesinos, ya se sabe, pero no querría que os fijáseis demasiado en eso, que es muy trivial. A veces el Poder para cumplir su misión, pues tiene ejércitos y tiene que coger camadas de gente fresca para llevarlos al campo de batalla a morir por la Patria; otras veces tiene que desarrollar por lo bajo mafias, que incluso pueden matar. Claro, esto es lo de menos: cuando yo digo “Administración de Muerte”, digo una cosa más general, que afecta a todos y que no se refiere a asesinos en el sentido vulgar: quiere decir “administración de Muerte”, o sea conseguir que cada uno estéis absolutamente sometidos a vuestra muerte futura, que no haya la menor sospecha de que en cada uno, aparte de ser Uno, el que le mandan que sea, un ejemplo de “el Hombre”, pueda haber otra cosa, pueda quedar algo de vivo y desconocido, algo de eso a lo que aludimos con ‘pueblo’, con ‘gente’, con ‘vida o razón’: eso es administrar muerte. Eso es administrar la muerte y eso, como trataré de hacer ver ahora, se hace especialmente por medio del Dinero.

Yo no sé... es que debería ser tan evidente que la operación del Poder sobre la gente se puede describir con precisión como Administración de Muerte, que no habría que insistir mucho.

Yo no digo que el Poder, que después de todo es una cosa de la Historia, diez mil añitos, que no son nada para el caso que nos ocupa, no digo que el Poder sea tan poderoso como que haya inventado él la muerte. Por tanto, es de administración de lo que se trata, precisamente administración: porque una conformidad, una conformidad con la Ley, que se manifiesta como administración a cada uno de los súbditos, esa misma idea de la

muerte, que coincide con el convencimiento de que uno es uno (porque, si a uno le dicen cosas como “resignarse a la muerte”, a lo mejor no se lo cree, pero, si le dicen “Convéncete de que tú eres tú y sólo tú y que al mismo tiempo, claro, tienes todos los derechos humanos, como es lógico”, si te dicen eso, tú te lo crees, porque eso es lo que practican constantemente), pues eso es Administración de muerte. Aquello a lo que se administra muerte, no está muerto, claro. Esa implicación trataremos de verla ahora.

P: /.../

R: Es “personalización del Hombre”: una personalización.

P: /.../

R: ¿Cómo se te está ocurriendo eso, si no es así? Si todos los intereses... Lo han sacado éstos; yo procuro huir de los medios de Formación de Masas lo más que puedo; pero vamos, a pesar de todo, no lo consigo y estos años últimos, estoy oyendo hablar de personalidad, personalizado, pero a troche-moche: el servicio personalizado, cosas de informática, en banca, en cualquier sitio, que estén personalizadas. Una de las cosas más reveladoras. No, no: se cuenta con esta sumisión de la Persona. El Hombre es, evidentemente, la Humanidad en su conjunto, pero es también el Individuo absolutamente convencido de su individualidad, la Persona Individual, el átomo.

P: /.../

R: No: por ejemplo... No, no: lo has dicho dos veces ya, lo de que sirve para resolver el problema. Por ejemplo, ¿para qué?

P: /.../

R: Bueno, en fin, estás sacando demasiadas cosas. Que no son todas la misma; pero vuelvo atrás, porque es lo que más me importa: ¿para qué sirve el Hombre, con mayúscula?

P: /.../

R: Sí, la Humanidad, el Hombre ¿para qué sirve?

P: Yo creo que sirve para... para que todos nosotros tengamos una serie de conceptos más o menos claros.

R: Sí, pero ¿para qué? Eso no es servir.

P: /.../

R: Es decir... No me voy a pasar ahora el rato denunciando cualesquiera actividades como las que has enunciado. Eso no es servir para nada más que para el engaño, para el Hombre.

P: /.../

R: Tenemos los Derechos Humanos. Sobre eso volveré ahora. Es para lo único que sirve, aparte la filosofía de la Banca.

Y, efectivamente, eso es muy revelador, pero eso es a lo que pensaba pasar ahora. Lo que esta charla está haciendo, *haciendo*, no diciendo, ella lo dirá. Lo que cada uno salga de aquí sabiendo de menos, dudando, descubriendo lo falseado, eso lo habrá conseguido. Por tanto no hay que pensar en llegar a conclusión alguna. Esa es la táctica que estoy denunciando, y además de paso os animo a los que os sintáis más o menos rebeldes a adoptar siempre la táctica contraria: cuando os pidan conclusiones, cuando os pidan alternativas, que es lo que propone usted, sabernos negar, decir "Aquí no estamos para eso". Lo que hagamos lo hacemos ahora mismo. No voy a llegar a ninguna conclusión para luego. Esto será poco, será equivocado, pero será ahora mismo. Lo que se haga, se hará sin más.

Desde luego, estoy hablando de cosas que a todos tocan, y la noción del Hombre que he tratado de esponder es la que está vigente. Y he tratado de esponder que consiste en una trampa y que no hay compatibilidad. Se hace, como tú has dicho, el rebaño, se hace el rebaño con Micaela, Angelita y Pedrito, todos juntos, pero se hace con la trampa que acabo de explicar, una trampa necesaria: no se puede hacer de otra manera; esa convicción de la que vive no sólo el Estado y la Banca, sino otras cosas, como acabamos de ver ahora, esa convicción de que se puede hacer tranquilamente compatible la Humanidad con el Individuo insustituible; es la convicción que justamente se está empleando para inutilizar cualquier forma de rebelión contra el Poder que venga, de verdad, de abajo, que es como estoy intentando hacer aquí y ahora; es decir, dar voz a formas de rebelión que vienen de abajo, no del Hombre, no del Individuo, no del Hombre, no del Individuo: de abajo, donde haya gente que no sea ni el Hombre ni el Individuo, ni el Hombre ni el Individuo. De forma que el sentido en que estoy atacando es claro: lo que pueda hacer o no hacer, lo dirá el hecho mismo.

Pero ahora voy a pasar a lo otro que has sacado acerca de los Derechos Humanos y demás, si no queda alguna otra... Ay, perdona, que había antes una aquí.

P: /.../

R: Yo quería plantear dos cuestiones con lo que acabas de decir. Efectivamente esta trampa a que tú te refieres de que cada uno sea uno y al mismo tiempo sea todo, el Todo, se realiza fundamentalmente en el régimen tecno–democrático. El régimen de la democracia es el régimen de la entronización del individuo y sólo funciona gracias a la realización perfecta de esa trampa: si no, no sería posible. Es el régimen demo–tecnocrático el que precisamente vive de eso. En primer lugar, la libertad personal, el automóvil personal, el ordenador personal, todo eso es lo que costruye el régimen tecno–democrático. Y digo tecno–democrático porque desde luego tampoco se podría realizar esa perfecta operación sin los llamados medios de formación de masas. Esa nueva cosa, como la publicidad, por ejemplo, a la que tú te has referido, con “especialistas en tí”, es este lenguaje que convierte, precisamente, a todos en cada uno y al mismo tiempo todos a los que se les vende lo mismo. Y luego, en segundo lugar, está claro que cuando se habla de los Derechos Humanos, en cuanto a la muerte se refiere, está claro que no es lo mismo la muerte individual de un hombre del Mundo Primero este, que es el mundo que administra los Derechos Humanos y habla de los Derechos Humanos, que, en los telediaros, la muerte colectiva de otros que se supone que son del hombre también, pero que luego no son muertes individuales, son muertes epidémicas, de unas hordas.

P: /.../

R: Ya, pero... De lo que ha sacado Isabel, quedáos con lo primero. Efectivamente, aquí lo hago más explícito, aunque ella ya lo ha hecho: no es que el Poder que actualmente vivimos sea una especie de Poder distinto de los demás: es la culminación de la Historia: todos, todas las formas humanas arcaicas de Poder están en ésta; pero no en vano es ésta la que padecemos, y la que padecemos está regida por el ideal democrático, y el ideal democrático consiste en la creencia, sin resquicio, en esa falsedad, es decir, la creencia en el individuo, en que cada uno sabe lo que vota, cada uno sabe lo que compra, cada uno sabe lo que quiere, cada uno sabe dónde va con su auto. Sólo así, por medio de esta trampa, se consiguen los prodigios de las votaciones, de que, reunida una mayoría de individuos, individuos personales, personales, cada uno convencido de que hace lo que quiere, reunidos en la Mayoría, tranquilamente se puede dar el paso al límite y decir "Esta es la voz del pueblo". La voz de la Mayoría es todo lo contraria de la voz del pueblo. El resultado de una votación es siempre contrario al pueblo. Por eso el Poder confía en él: jamás ninguna forma de Estado, ni la Banca, va a tener el menor resquemor de intranquilidad respecto a una votación: se sabe que el resultado de la votación va a ser el resultado de la suma de las voluntades individuales, y que ése va a ser el que se esperaba y el que Ellos quieren. Está claro. Éste es el Régimen, el último truco del Poder que padecemos. Es importante fijarse en eso. Está fundado en la creencia del cada uno, en que cada uno sabe dónde va, como la usan aún para la venta de autos, mientras no se les ocurre otra manera de explotar al personal, todavía utilizando el *slogan* que yo conocí cuando era niño: la ventaja del auto era que podías ir a donde querías, pararte donde quisieras, hacer con el auto lo que quisieras; siguen manejándolo. Luego, pues el resultado es

lo que Ellos apetecían: atasco: claro, cada uno al sitio que quiere y a la hora que quiere: el resultado, todos al mismo sitio a la misma hora, pero cada uno por su cuenta. Ésa es la realización misma del Ideal. El auto personal es la imagen misma del Régimen democrático. Y no sólo en eso, sino también en el hecho de que aumenta unas cincuenta veces el volumen de la persona: aumenta unas cincuenta veces el volumen de la persona, al mismo tiempo que mantiene su límite estricto por medio de la chapa. Pero el volumen ha aumentado cincuenta veces. Imaginóos cual es el sentido de lo que antes decíamos como Administración de Muerte. Estos son ejemplos. Respecto de lo otro que ha sacado Isabel, y que toca a lo de esta muchacha que ha hablado antes, ahora volveremos, si tenemos tiempo; pero antes había una palabra más...

P: /.../

R: Sí, has hecho bien en hacer recordar ese recuerdo de... esa evocación. Es un poco inesacta la formulación: no es que antes creyéramos que éramos inmortales; eso no es objeto de fe: simplemente no creíamos, no creíamos que fuéramos mortales. El objeto de fe, el objeto de creer, es justamente la muerte, y en efecto has hecho muy bien en sacarlo aquí. Un niño se debate (y cada uno incluso puede, a través de sus profundos, recordarlo), se debate largo tiempo contra la imposición del silogismo que acabo de recordar... largo tiempo, y a veces penosamente. Tengo que cortar las voces, de momento, porque, si no, se nos va a acabar el poco rato que nos queda. Luego os pediré más.

Paso a eso. Os he mostrado el Hombre usado esencialmente por el Poder establecido, Ministerios, Banca, Empresa, que

espone su filosofía, que es la filosofía del Hombre, la de la Humanidad, con mayúscula, la Persona, con mayúscula. Pero por desgracia también yo sé en qué especie de ciclo estoy y estoy hablando: por desgracia también el Hombre se maneja para cosas que no están tan claramente relacionadas con el Poder establecido ni con la Banca. Se utiliza, como he recordado ahora, para que los organismos internacionales, que se suponía en principio que venían a superar la división estatal, pueda utilizar cosas como los Derechos del Hombre o Humanos. El Hombre sirve para eso. Y sirve, incluso, para que seamos humanitarios, para que seamos al mismo tiempo humanistas y todas esas pestes; que no están claramente ligadas con el Poder y son las que quiero denunciar ahora. Porque no están tan claramente ligadas con el Poder, pero Le sirven. Cualquier forma de humanismo, de humanitarismo, cualquier forma de creencia en el Hombre y, como se ha recordado antes, creer que en virtud de esa creencia en el Hombre, pueda hacer uno bien a sus prójimos, todo eso, aunque no lo parece, es una colaboración con el Poder, con la misma Administración de Muerte.

Es una colaboración con el Poder. Es un poco duro de decir, pero es así. Desde luego, tal como están las cosas, yo os recomendaría que lo entendáis como podáis: que no seáis nunca más ni humanistas ni humanitarios. Al creer que todo eso, ni nada que tenga que ver con el Hombre, podría aceptarse tranquilamente, uno está llegando a aceptar la trampa, y por esos caminos más o menos desviados. ¿Me hace falta a mí, para socorrer el hambre de un negro de Zambia o de un pordiosero metropolitano que me encuentro en la puerta del metro, me hace falta a mí saber que se trata de “el Hombre”, que es un caso de “el Hombre”? Es verdaderamente ridículo: no me hace falta ninguna, pero además, por lo que he dicho, ese saber me estorba, me estorba. Porque, mientras yo al pordiosero del metro

le doy 100 pesetas porque me resulta más cómodo que negárselas –o por otra razón– y a lo mejor eso le sirve para tomarse un chato o lo que sea, y consigo, y consigo con un mínimo de organización, enviarles unos sacos de trigo a los de Zambia o cualquier sitio, mientras hago eso y eso no se hace en nombre del Hombre, pues simplemente estás haciendo eso y haces un bien que no sabes para qué va a servir, en definitiva, pero no hay duda que te topas con un poco de hambre, te encuentras con un poco de necesidad, o simplemente con una súplica, y la obedeces, y la atiendes y tal (porque la gente normalmente tiene buen corazón, o diciéndolo un poco más cínicamente, porque les es más cómodo dar que ponerse a elucubrar razones para negarlo), simplemente por eso, y entonces eso es inocente. Eso es inocente, pero, si eso empieza a revestirse de Derechos Humanos, de humanitarismo, de humanidad, “Aquellos son hombres como nosotros”... ¿Me había pedido el pordiosero o el negro de Zambia que yo le diera la dignidad de hombre? No, no; me había pedido un saco de trigo, 100 pesetas; es lo que había pedido; de ninguna manera se le había ocurrido pedirme que le diera la dignidad de ser un ejemplo del Hombre. Si empiezo a darle lo que no me han pedido, si empiezo a revestirlo de Hombre, entonces resulta que ya no estoy haciendo simplemente un bien inmediato, resolviendo una necesidad: estoy colaborando con el Poder y contribuyendo a la inclusión de todas esas víctimas extremas del Poder dentro del Poder mismo. Por el solo empleo de la idea, estoy haciendo con la mano derecha lo contrario que estoy haciendo con la izquierda. Es contra esto contra lo que os quiero recordar la norma del Evangelio, “No sepa tu izquierda lo que hace tu derecha”, que nunca el cumplimiento de obras de buen corazón, que normalmente casi todos cumplimos, aunque nada más sea porque nos es más cómodo que buscar razones para no cumplirlas, eso nunca debería confundirse con una rebeldía

contra el Poder, como una mano izquierda: nunca, porque nunca puede ser de verdad, nunca puede tener de verdad carácter de protesta contra nada. Eso, si no se reviste de ideas, es simplemente inocente: no se sabe para qué, se cumple, se da, se resuelve una necesidad inmediata; pero, si se reviste de ideas, si aquello se hace en nombre de una bandera, se hace, en definitiva, en nombre del Hombre, entonces ya deja de ser inocente. Entonces se ha establecido ya la conexión entre la izquierda con la derecha y se está, al mismo tiempo que haciendo una limosna, una caridad, como en la vieja religión, al mismo tiempo, como en la vieja religión con esa limosna y esa caridad, se está aumentando el Poder de la Iglesia. Ya os dije antes que acudir a formas viejas de la religión a veces es revelador, porque hoy, bajo la religión más actual, a lo mejor no lo vemos tan claro; pero remontáos a 50 años atrás, lo que acabo de evocar ahora, cuando se hablaba de caridad, cuando las monjitas hacían a las niñas coleccionar sellos para mandar ayuda a los chinitos. La mayor parte de los que estáis aquí no lo habéis vivido, pero yo, cuando era pequeño, sí: las niñas traían sellos para vender y que las monjitas organizaran la ayuda a lo que entonces no se había empezado a llamar tercer mundo; por lo tanto, a los chinitos. Y allí, como está lejos, como que ya no estamos en esa religión, se nos aparece claro: allí, aquello, que a lo mejor lejanamente servía para algo (vaya usted a saber, a lo mejor finalmente los chinitos sacaban algún beneficio de aquello), pero desde luego, al mismo tiempo, estaba colaborando al imperio de la Iglesia, que entonces era pujante todavía, hace 50 años.

Bueno, pues aquello que os resulta claro para la caridad y la Iglesia debe resultarnos claro para la actualidad, donde nadie habla de caridad, ni de cosas de esas, pero habla, sí, de Derechos Humanos, y la religión y el imperio que sostiene es otro que no

es la vieja Iglesia Católica. Debe servirnos para lo mismo porque la situación es enteramente análoga.

Se nos va acabando el tiempo y, sin embargo, hay que intentar aclarar algo de lo que más me importa, que es lo más abstracto, lo de la relación entre la generalidad, el Hombre, la Humanidad, y lo del Individuo. Para esto tengo que acudir (una y otra vez lo hago, y no me cansaré) a la gramática, que es uno de los estudios a los que más frecuentemente me dedico, es decir, al intento de penetrar con la conciencia hasta ese sitio, subconsciente, donde está el lenguaje que todos manejamos a la perfección gracias a que no nos damos cuenta ni sabemos cómo lo hacemos. Eso es la condición de los supuestos sujetos. No olvidéis que es en el lenguaje donde está de la manera más clara aquello a lo que llamo pueblo, gente: no individuos, no instituciones, no academias: éstos no pueden llegar nunca al lenguaje corriente, al lenguaje popular, no pueden: el individuo no puede (¿alguno de vosotros lo sabe? ¿sabe toda la maquinaria complicadísima que está empleando para hablar?: lo hace; pero no lo sabe) y, si cada uno de vosotros no lo sabe, pues el Estado tampoco y la Banca tampoco. Suelo pintar un poco caprichosamente el aparato, el aparato del lenguaje, así, y la producción del lenguaje, así:

realidad. Aquí está por ejemplo la realidad 'mujer', si eso es 'mujer'. Hay que relacionarlo con los Nombres Propios, con los prosopónimos, topónimos, nombres de persona y nombres de lugar, con los Nombres Propios. Nombres propios de los que hemos hablado antes, y que quedan fuera del sistema, pero tienen con él una sutil relación. Por ejemplo, aquí está Merceditas: Merceditas no es 'la mujer', pero es un caso de 'mujer'.

Muy bien. Pues para que esto se aclare de la manera más precisa, hay que verlo. El paso de Yo o Tú (aquí), que da lo mismo, a 'hombre', 'mujer' o 'niño', se da a través de Fulano, Mengano; y si este paso y esta relación no se entiende bien, desde luego lo que os acabo de decir no se entiende con la bastante precisión: Yo y Tú no son el Hombre, ni la Mujer, ni Merceditas, ni nadie: ésta es su gracia. Esto es lo esencial. En este mundo en el que se habla y que os estoy contraponiendo a un mundo del que se habla, que es la Realidad, en este mundo estamos Tú y Yo, pero no somos nadie: no somos nadie, porque somos cualquiera. Esto cualquiera lo entiende. No somos nadie porque somos cualquiera, ya que YO es cualquiera y TÚ eres cualquiera. Cualquiera que esté hablando es YO y cualquiera al que se hable es TÚ. Ésos no son entes reales: están evidentemente fuera de la realidad, por debajo, si queréis.

Es algo que cae en eso como pueblo que está cundiendo en el lenguaje, que está lleno de Yoes y Túes, cualesquiera en cada momento; pero cada uno de ellos no es nadie.

No es nadie porque es cualquiera. Pero sin detenernos más en esa fórmula, baste. Fijáos bien en que hay un momento que podemos llamar de bautizo, en el que Yo resulta que es Merceditas; la cosa se ha vuelto completamente al revés. Ahora

ya empezamos a entrar en la realidad; pero todavía no, porque a su vez, esa conexión de mí con la idea, que es en cierto modo, imposible, tiene que haberse establecido: no basta con que Merceditas sea pura y simplemente Merceditas: tiene que ser una 'mujer', 'una chica', 'una estudiante', 'una madre de familia', es decir, una cosa abstracta, ideal, porque la realidad, el mundo del que se habla, está hecho con esas ideas que son los significados de las palabras que los tienen. De manera que el trance en que yo abandono al pueblo y empiezo a entrar a lo otro, es el trance en que recibo mi nombre propio y me lo creo, pero al mismo tiempo el trance en que acepto que se me defina en virtud de significados abstractos cualesquiera, 'el Hombre', 'un fontanero', 'un estudiante', 'un padre de familia', 'padre de Fulano', mezclando el significado con el Nombre Propio: 'padre de Fulano', 'madre de Mengano', cuando acepto esas cosas, me estoy alejando de ser YO, yo que no era nadie y estoy pasando a ser un ser real. Estoy pasando a formar parte de la realidad. Y me gustaría que viérais bien la conexión entre esto y lo que antes decía más melodramáticamente de la aceptación de la propia muerte siempre-futura.

Sin duda requeriría más enlace; pero yo creo que, por lo menos, lo entrevéis. Y, como el resto del tiempo que nos queda prefería dedicarlo un poco a charlar con vosotros, baste con eso.

Entre esta entrada a la realidad y aquello que estaba por debajo de la realidad y que era YO, se da el establecimiento del ente real por doble vía: el Nombre Propio y la aceptación de ideas acerca de uno mismo, con la consiguiente conexión tramposa entre lo uno y lo otro. Ya comprenderéis que cuando, por ejemplo, los Grandes Almacenes os dicen "Especialistas en tí", están manejando esos elementos: lo hacen confiando en que cualquiera que ve eso en la televisión en lugar de Tí, está

oyendo Fulano, es decir, yo–Fulano, yo–Mengano. Los grandes almacenes están pensando en mí, pero no en mí, en mí cualquiera: están pensando en un mí determinado, en mí–Fulano. Se confía en que somos tan esclavos que jamás nos dejamos hablar como simplemente YO y perdernos en el lenguaje, sino que constantemente estamos convirtiendo ese YO en un don Pedro, en un Mengáñez, en cualquier cosa que al mismo tiempo está constituida como un objeto de cómputo y de comercio. En eso es en lo que se confían, y con eso tiene que ver lo de la Administración de Muerte y la aceptación de la Muerte por parte de cada uno.

No puedo decir más, porque... eso, tenemos que irnos a comer –dicen–: es una de las necesidades que tiene el Hombre, por lo visto, la de irse a comer a determinadas horas. Y quiero que el poco rato que nos quede lo dediquemos a más objeciones o cuestiones o simplemente ocurrencias que os hayan venido. Así que adelante sin más.

P: /.../

R: ¿Para qué? – te vuelvo a preguntar.

P: /.../

R: Bueno, no para eso; pero, bueno, para otras cosas.

P: /.../

R: No puedes. ¡Si es que eso no lo puedes hacer! De TÚ y

de YO no se puede hablar, porque eso sería convertirnos en entes reales. Hemos dicho que en este mundo en el que se habla es en el mundo en que estamos TÚ y YO, no en el mundo de que se habla. Para hablar de algo (te ayudo), para hablar de algo, efectivamente, tienes que disponer, si no de 'Hombre', sí de 'fontanero' y de... Tienes que disponer de algo, aquellas cosas, aquello que he pintado allí... Lo que he puesto allí con dibujos, las ideas o significados.

P: /.../

R: No. Vuelves ahora sobre tu primera cuestión, que, efectivamente tiene mucho interés. Porque generalmente, ahora, no se consigue nunca que nadie aguante esa actitud que tú has demostrado bastante claramente. Hay una cuestión táctica que es a la que te has dedicado, sobre todo al final.

P: /.../

R: Una cuestión táctica, sí. Y luego hay alguna otra cuestión que no es táctica, y de la que, primero, yo me voy a ocupar un poco. La muerte no está ahí, no. La muerte no está ahí: eso no es verdad. La muerte es, como he dicho tres veces, siempre futura; la muerte de verdad, es decir, la muerte de mí, es siempre futura. Las otras son partes de la realidad, la muerte de los parientes y de los prójimos. La de verdad no está ahí: por esencia es futura, no puede ser otra cosa, y 'futuro' quiere decir 'idea'; de manera que no está ahí, como una piedra, eso es evidente, y la aceptación no se puede hacer como la aceptación de algo que se impone por bruta fuerza: pasa por la idea, pasa por la creencia, como antes recordábamos. YO en el mundo en

que hablo, YO, no tengo muerte; en el mundo en que estoy, YO no tengo muerte, carezco de muerte: Yo no muero nunca: YO no muero nunca; por eso, este otro axioma: el pueblo nunca muere; porque el pueblo soy YO, el pueblo nunca muere; la gente nunca muere, eso es lo que importa. De forma que la aceptación de la idea de muerte, lo que implica es esa traslación: para eso hace falta 'el hombre' u otra 'persona' cualquiera. Tengo que ser, no el que está hablando, sino algo de lo que se habla, un Fulano del que se habla: entonces, sí, para eso, muerte; para eso, muerte; porque para eso es futuro. Una persona, como suele decirse, "sin futuro", nada: la Persona está fundada en la creencia, en el futuro, y el futuro es muerte.

Esto lo quería aclarar con respecto a la cuestión importante. Ahora, la otra, que es muy importante, pero es tácticamente importante, va a ocuparnos un poco. Sí, tenemos que recurrir: como antes he recurrido a la religión de otros tiempos, ahora tengo que acudir a la política de otros tiempos, es decir a la política de los tiempos anteriores a los años 60, o sea la que ninguno de vosotros ha vivido porque habéis nacido más tarde.

Entonces esta cuestión táctica se planteaba entre la gente resistente o rebelde de una manera muy viva: era la cuestión de ... bueno, en último término, de tomar el Poder, por supuesto, o no tomar el Poder; y si ocupar o no ocupar puestos. La táctica de los partidos socialistas y comunistas era generalmente favorable a eso, inmiscuirse, ocupar puestos de poder, ocupar incluso el puesto de jefe del Sindicato Español Universitario que por entonces se estaba derrumbando, en fin, quitarle al Poder las armas del Poder; y entonces, eso iba a llevar a lo que lleva siempre. En realidad, eso duraba todavía cuando, (también habéis nacido después, creo; no, algunos, no), cuando la Revolución en Portugal: todavía entonces se creía en eso de

tomar el Poder, que la gente de abajo podía coger los fusiles y ocupar los puestos de mando, y entonces ya... La historia posterior de la Revolución en Portugal es muy ilustrativo: a lo que vino a parar la “Revolución de los Claveles”, de la que habréis oído hablar a vuestros padres.

Se trata siempre de esto; lo que pasa es que ahora lo tenemos encima: las formas de poder son otras y las formas de rebelión son otras; la cuestión táctica no se entiende bien por su propia inmediatez, pero es la misma, es la misma de siempre. Hay una creencia, que estoy combatiendo, en que se pueden usar instrumentos del Poder, quitarle instrumentos al Poder para usarlos para cosas que no tienen que ver con el Poder, por no decir para la rebelión. Es decir, que, si el Poder utiliza determinados *eslóganes*, por ejemplo, ocupa determinadas posiciones en la administración, una táctica recomendable es privarlo del uso, privarle al Poder del uso de esos nombres, de esos *eslóganes*, de esas tácticas, privarle de eso y usarlos por acá abajo buenamente para las cosas que pueda usarse. Ésta es la forma renovada de la táctica, que has espuesto bastante claramente. Estoy hablando decididamente contra, lo mismo que hace 50 años podría estar hablando contra las formas más bastas de esa misma táctica. Estoy contra; es un engaño. El Poder no utiliza ni nombres, ni *eslóganes*, ni instrumento alguno más que aquéllos que sirven para el Poder. No hay cosa ninguna inocente, indiferente, entre las que el Poder emplea.

No puede uno pensar que la TV, el Auto, el Hombre, son cosas que lo mismo que se usan desde arriba contra el pueblo y para la opresión, se podrían usar desde abajo para el pueblo y sus fines. Contra esta creencia estoy: a saber, si el Poder usa la TV, es porque la Televisión está para eso, para que la utilice el Poder para eso. Si utiliza el Auto personal, es porque está para eso, y si

usa al Hombre, tal como hemos visto que lo usa, es porque está para eso. De tal forma que, si al Poder lo pudiéramos despojar de la Televisión, el Auto, el Hombre y siguiéramos así, ¿qué diablos iba a hacer el Poder?: nos habríamos quedado con todos los instrumentos fuera y el Poder habría quedado vacío, ¡qué bien! En realidad, habría sucedido lo que ha sucedido, no en Portugal, sino siempre, que es que aquéllos que tomaban los instrumentos del Poder se convertían simplemente en los herederos, en los sustitutos, de una manera enteramente trivial: porque justamente el Poder consistía en el uso del Poder. Esto es luchar contra una falacia, que es también contra la que llamo, la que se suele llamar jesuítica, la falacia de la independencia de los medios: no hay tal independencia de los medios: los medios llevan sus fines escritos en sí. Yo os podría contar, en un medio, como la televisión, en qué forma, en su forma misma, están escritos los fines de la televisión, por poner un caso típico de medios.

P: /.../

R: Casi todo. Lo que nos queda de gente es aquello en que estamos mal hechos como personas: los sueños que nos quedan, las evocaciones de la infancia nunca vivida, el lenguaje: no la jerga: la jerga está hecha por Ellos; pero este lenguaje que acabo de pintaros, ése no hay quien nos lo pueda quitar, ese es del pueblo: es el pueblo, puramente pueblo; y muchas cosas más: y los sentimientos, y el cariño que no sabe siquiera que se llama cariño, y la vida que no sabe que se llama vida: cualquier cosa que no sabe cómo se llama, pero que está ahí, con todos sus disfraces y conflictos.

No: por desgracia, no se pueden limpiar: no se pueden

limpiar los nombres que el poder ha usado; es una empresa contra la que, efectivamente, os estoy desanimando. Intentar limpiar el nombre del Hombre para usarlo para la rebelión, para bien del pueblo, es contraproducente, y al ser contraproducente, es una colaboración.

P: /.../

R: Sí. Muchas gracias también por haberlo apuntado porque no voy a poderlo desarrollar. Pero veis bien la conexión: la noción del “de mí”, es decir, “una tierra de mí”, “una mujer de mí”, “una tierra mía”, “una mujer mía”, hace automáticamente que el “MI” no pueda ser ya éste, YO, sino que sea tan real como “la tierra” y “la mujer”: lo mete en el ajo. Estoy sacando estos días un libro contra la Pareja, destinado a esta cuestión de la posesión, del tener, en el caso más extremo, que es, claro, el de tener una relación, que es donde más se revelan las cosas. No tenemos tiempo para desarrollarlo, pero gracias por la sugerencia. Ya lo véis: el *de*, el *de*, cuando conecta con un YO, un TÚ, automáticamente, como conecta con un ente real, automáticamente lo somete a la Realidad. Por eso, porque el Dinero, donde la idea de posesión culmina, se perfecciona, es el ‘yo’ con el que el Hombre se confunde: el Hombre es el Dinero, porque su ser es el tener, aunque sea tener a la mujer o a los hijos: con eso ya está todo: tener la mujer, los hijos, es dinero, eso es dinero; es una forma de dinero en cuanto se escarba un poco.

P: Yo quería puntualizar una cosa. Tú has usado muchas veces aquí el término ‘pueblo’ en esta mañana en relación al lenguaje. Y yo te digo a tí, con qué facilidad precisamente se

pasa del término 'pueblo' en el uso político y hasta incluso popular con el término de 'los pueblos'. El pueblo y los pueblos. También además, dándole una identidad lingüística: los pueblos. Entonces me pregunto si no estaría ahí también el problema que, cuando tú dices "mundo en que se habla" y "mundo del que se habla", ¿se podría decir también "pueblo en que se habla" y "pueblo del que se habla"? Porque hay aquí una diferencia clara, ¿no?

R: La diferencia es oposición: en cuanto se habla de los pueblos o de un pueblo determinado, se está traicionando al pueblo y a la razón pública y común. Porque esos pueblos ya no son nada de pueblo: son naciones, son gente sometida al Poder, al Estado. Esto tiene que ver con lo de la posesión, porque es la frontera; la frontera que el Poder necesita: necesita definiciones, y la definición, por su esencia, es el trazamiento de una frontera. Y no han descubierto, por desgracia para el lenguaje, ningún procedimiento más eficaz que el de unificar una lengua; aunque les falla por otro lado, de otras maneras, de todas maneras, pero... fronteras, definición, que son lo mismo. Aquí, allí, en el pueblo, no hacen falta España, ni Estados Unidos, ni Nación estatal ninguna, nada: eso es un puro estorbo, convierte a la Administración en todo el rollo que es, dificulta cualesquiera posibilidades de intercambio y de comunicación; a nadie le hace falta, a nadie de la gente; pero al Poder sí. Al Poder, definición.

P: Como tú dices, "el pueblo", "los pueblos" hay que dárselos al enemigo; el término 'pueblo' realmente lo usa el enemigo, todo el fascismo...

R: "Un pueblo", "los pueblos". 'Un pueblo' no es demasiado

difícil de asimilar. 'Pueblo' sí. Hay que decir que ese YO y TÚ, propuestos ahí, en el esquema, por tanto, no pertenece a ninguna lengua nacional. Arregláos como podáis, pero el YO y TÚ que he puesto ahí no es de ninguna lengua nacional.

Me temo que se nos ha hecho enormemente tarde. “El Hombre tiene ganas de comer”, dicen, de una manera tan tramposa como real; así que... Sí.

P: /.../

R: Sí, pero es que el placer, el bienestar de uno es ambiguo ¿eh? Es ambiguo...

P: /.../

R: No, no es que el placer sea ambiguo: es que en “el bienestar de uno” los términos se dan de cachetes; es que se pelean una mitad con otra: porque el “uno”, la parte en que uno está bien, generalmente es una parte en la que la otra parte de uno se encuentra pésimo; en cambio, tal vez la parte de uno en que uno se encuentra pésimo...

P: /.../

R: No, es contradictorio: ya he dicho que si nos queda algo de pueblo es porque estamos mal hechos. Si de verdad uno pudiera tener el criterio de lo que a uno le sienta bien, entonces bien, la democracia sería una bendición; porque es lo que Ellos creen, que uno es íntegramente cada uno, está bien

hecho, sabe lo que quiere, sabe dónde va. Es mentira, y además, es mentira por fortuna: porque ese fallo es lo que nos queda de pueblo; de tal manera que, cuando tú haces una buena obra con respecto a determinados principios, una parte de tí, digamos la de arriba, a lo mejor se queda a gusto, pero lo que quedará rezongando por debajo es la otra parte a la que no le ha hecho caso; y viceversa. Por fortuna, estamos mal hechos: ahí es donde vive el pueblo. Si estuviésemos bien hechos, pues... la Democracia.

P: /.../

R: Bueno, hay ahí una cuestión importante. Voy primero a las accesorias, muy accesorias: hay muertecitas en el mundo, hay muertecitas todos los días, y además, no sólo las hay, sino que los Medios de Formación de Masas viven de ellas, como sabéis bien, como aves carroñeras; no hay cosas que den más; y da lo mismo, les da lo mismo, para llenar, que sean una muertecita por asesinato pasional, que sean una muerte de miles y miles por las hambrunas del mundo, les da igual: viven de eso, viven de esas muertes. Eso revela que eso no tiene nada que ver con la muerte de verdad, que es la mía. Se toman como formas de la realidad, como partes de la Realidad, se manejan. Esa es la utilización de las muertes que hay, y que, claro, en cuanto nos descuidamos, pues al mismo tiempo nos puede hacer caer en actitudes humanitarias. No es eso lo que importa. En cuanto a /.../, como te dije antes, es de lógica.

Pero la cuestión que me importa es, otra vez, la cuestión táctica, la acción directa. Te voy a decir lo que es acción directa. “Lo que es acción directa” quiere decir una acción que no se planea ni que tiene futuro, ni que se rige por principios; porque,

si algo tiene eso, eso es una trampa llamada Acción Directa. Por ejemplo, voy a poner un ejemplo: para ayuda a los Países No Desarrollados, es decir, a ese cinturón de miseria que el Estado de Bienestar genera (cosa que nunca se dice, ni se cita; cosa que nunca se dice: sin él no podría vivir: el Estado del Bienestar sólo se sostiene actualmente gracias a la generación de todas esas formas de miseria que nunca se vieron en los pueblos en cuestión, y el desarrollo de guerritas de tipo arcaico, que nunca se podrán dar en el centro, y todos los nuevos pordioseros metropolitanos), respecto a esa miseria os dicen que caben dos actitudes, una es (¿cómo decir?), es tener buen corazón, y la otra quedarse indiferente; y he aquí la trampa. Nada se puede hacer contando con las Istituciones del Poder para ayudar a esa gente: se puede hacer algo que tiene el valor de darle las 100 pesetas o las 5.000 al pordiosero: nada, ningún valor, nada que tenga que ver con la acción de verdad, con la rebelión de verdad, la acción del pueblo que se levanta contra el Poder. Si hubiera una acción, en estos momentos, entre vosotros, directa de verdad, esta acción no se dirigiría a procurar ayuda para el Tercer Mundo: se dirigiría a atacar directamente las Istituciones del Primero, donde está la punta del Poder; atacar a las del Primero, sin respetar ninguna. Y una de las puntas del Primer Mundo es decir, de éste, es justamente el Hombre. Es lo que yo llamo acción directa, eso es lo que he estado tratando de hacer aquí esta mañana: atacar las instituciones del Primer Mundo, pensando que desde aquí es desde donde se generan todos los males de otros posibles mundos.

Conferencia impartida por Agustín García Calvo

SEMANA SOBRE LOS DERECHOS DEL HOMBRE

FACULTAD DE FISICAS, MADRID. DICIEMBRE 1994

Transcripción realizada por Carlos Román